

pasos, cruzó la corriente, ganando un bosque de la opuesta orilla. Otros viajeros han visto que cuando el jaguaré encuentra dos caballos ó mulos apareados y mata á uno, se lo lleva muy léjos, á pesar de la resistencia del que sobrevive.

Nunca mata el jaguaré mas de un animal á la vez, distinguiéndose en esto muy ventajosamente de otros felinos grandes. Consiste probablemente en que prefiere á la carne la sangre, y le basta una víctima para satisfacer su apetito.

Todo jaguaré que no ha llegado á conocer al hombre, le evita cuidadosamente siempre que le encuentra, ó le mira con asombro, pero solo de léjos. «En nuestras exploraciones por el desierto del norte del Paraguay, dice Rengger, encontramos varias veces á los jaguarés, los cuales, al acercarnos, refugiábanse en la espesura del bosque, ó bien se detenían en el linderó, observando pacíficamente desde léjos nuestra marcha. Así se explica que en los países deshabitados donde se cosecha la yerba del Paraguay, no haya ejemplo de haber sido muerto un hombre por un jaguaré; pero los carniceros de esta especie que habitan en países poblados, ó cerca de los ríos navegables, pierden muy pronto el miedo al hombre y le acometen también. Cuando un jaguaré ha probado la carne humana la prefiere á todas, y no solo no huye ya del hombre, sino que le busca con avidez. Cada año se ofrecen nuevos casos de barqueros imprudentes destrozados por los jaguarés: y si hemos de dar crédito á la opinión mas general, parece que estos animales se han atrevido á llegar por la noche á los mismos barcos amarrados en la orilla, para arrebatar pedazos de carne colgados, perros, hiriendo algunas veces hasta hombres; pero estos últimos no pierden ordinariamente la vida sino por su imprudencia. Un poco de vigilancia basta para ponerles al abrigo de los ataques de semejante adversario. Resulta de aquí, que las visitas que los jaguarés hacen á los pescadores, cuando, detenidos estos por vientos contrarios preparan su comida, no ocasionan por lo regular efusión de sangre, pues al menor ruido, se refugian á bordo, dejando para el jaguaré la carne que asaban, y que ordinariamente le basta. Es cosa reconocida, por otra parte, que estos animales no temen el fuego.»

Humboldt lo experimentó así varias veces.

«Notamos con gran sorpresa, dice, que los jaguarés aquí no temían nuestras hogueras. Pasaban á nado por la parte del río que nos separaba de la tierra, y por la mañana oíamos su rugido muy cerca de nosotros.» En otro pasaje de su obra de viaje dice que un jaguaré se apoderó de su perro atravesando para ello las hogueras del campamento. El perro se había escondido la noche anterior cuando había oído el rugido de la onza, bajo la hamaca de su amo, y sin embargo, á la mañana siguiente no se le encontró.

Azara pretende que el jaguaré al encontrar un grupo de hombres durmiendo, mata primero á los indios y á los negros y despues á los blancos. Rengger desmiente este aserto.

El jaguaré procede con el hombre como con los animales, es decir, que no mata nunca sino uno á la vez, á no ser que se vea obligado á defenderse. Es igualmente positivo que acomete con preferencia á los negros y á los mulatos indios, dejando á los blancos; y tanto es así, que cuando uno de estos últimos tiene que pasar la noche al sereno en el Paraguay, y en sitio peligroso, se cree seguro si le acompañan hombres de color. Es de creer que las fuertes emanaciones de la piel del negro atraen á estos animales, así como á otras muchas fieras. Cuéntase que algunos hombres, que, durante el día y de improviso, encontraron jaguarés en el Paraguay, contuvieron su impulso por medio de un agudo grito y de una mirada fija, lo que, segun observaciones en otros grandes felinos, no parece improbable. Los jaguarés tienen también á veces sus ratos de buen humor. «En Altu-

ras, dice Humboldt, nos refirieron un hecho singular ocurrido con uno de estos animales. Dos niños de ocho á nueve años, varon y hembra, jugaban muy cerca del pueblo; acércase á ellos un jaguaré, que habia salido del bosque, y comienza á dar saltitos á su alrededor. Despues de haberse divertido largo rato así, dió un golpe con su pata sobre la cabeza del muchacho, primero suavemente y luego con mas fuerza, hasta que hizo correr la sangre á borbotones. Al ver eso la niña, se apodera de la rama de un árbol, pega á la fiera y la pone en fuga. El niño conserva aun las cicatrices de sus heridas.» En este caso es de creer que el jaguaré habia jugado con las criaturas como el gato con el raton, porque su debilidad le habria inspirado suficiente confianza.

Semejantes casos, no obstante, deben ser muy raros. En la llanura de Maynas, segun Poeppig, no pasa año sin que perezca un hombre bajo las garras de los jaguarés, los cuales entran en pleno día en los pueblos para buscar perros, que constituyen su manjar favorito. El camino que conduce desde Sapuosa á Moyabamba, á través de espesos bosques, goza de una triste celebridad, pues aun se recuerda que veinte indios, enviados á pié como correos, encontraron allí la muerte. Los habitantes de un cortijo de las cercanías no osaban aventurarse fuera despues de ponerse el sol. Algun tiempo antes de llegar Poeppig, habia estado á punto de perder la vida un niño á consecuencia de la herida que le hizo un jaguaré: habiase echado demasiado cerca de la fuerte empalizada que rodeaba la casa, y pasando el animal una de sus garras por un hueco, arrancó un gran pedazo de carne del muslo del niño. Uno de los indios de Schomburgk tenia aun en el pecho la señal de los dientes de un jaguaré que le habia cogido muchos años antes y se le llevaba ya, cuando la madre se lanzó cuchillo en mano sobre la fiera, obligándola á soltar la presa. En las faldas de los Andes del Perú, cubiertas de selvas vírgenes, los jaguarés, segun Tschudi, se establecen de preferencia en las inmediaciones de los pueblos, al rededor de los cuales rondan todas las noches para llevarse perros, cerdos, y hasta hombres en algunas ocasiones. Léjos de temer á uno de nuestros semejantes, le atacan cuando va solo, y si les acosa el hambre, penetran á veces hasta en los pueblos en pleno día.

Los indigenas temen mucho generalmente á este terrible carnicero: sin embargo, cuéntase que habiendo oido un indio por la noche los gritos lastimeros del único cerdo que tenia, salió de su vivienda y al ver á un jaguaré que le arrastraba por la cabeza, comenzó á tirar de las patas traseras del cerdo, trabándose una extraña lucha, que no dió fin hasta la llegada de algunas mujeres con teas encendidas. La fiera emprendió entonces la fuga, pero lentamente y lanzando rugidos furiosos.

Este felino permanece en la misma localidad mientras puede encontrar una presa y se le deja en paz; pero cuando los viveres escasean ó llega á ser demasiado intolerable la persecucion del hombre, abandona el país para trasladarse á otro. Solo emprende sus viajes por la noche: atraviesa audazmente los países mas poblados, y arrebató cerca de las chozas aisladas los caballos y los perros, sin cuidarse de los hombres. A los jaguarés viejos es á los que les gusta especialmente acercarse á las habitaciones, porque la experiencia les ha enseñado que encontrarán allí el alimento con mas facilidad que en el desierto.

En las colonias alemanas situadas cerca del bosque roban, segun Hensel, principalmente perros y cerdos. Estos últimos viven en el verano, por causa del calor, en establos hechos á manera de jaulas. El jaguaré pasa sus garras al través de los barrotes, coge el puerco y le mata, ya dentro de la jaula ó ya tirándole hácia fuera. El jaguaré sorprende á los perros á pesar de su vigilancia, y los arrastra hácia dentro de su

jaula donde los mata. En algunos cráneos de jaguarés que habian robado durante mucho tiempo perros y puercos, veíanse los dientes tan gastados que solamente la mucha experiencia y la necesidad explican la audacia de los animales.

Ni en sus peregrinaciones ni en su fuga basta el río mas ancho para detener al jaguaré; es excelente nadador, segun dice Rengger; cuando nada, su cabeza y espalda sobresalen de la superficie del líquido elemento, lo cual le distingue de todo otro animal y basta para reconocerle de léjos. Atraviesa casi sin desviarse el río Paraná, que tiene una anchura de legua y media, poco mas ó menos; al salir del agua mira primeramente á su alrededor, se sacude todo el cuerpo, y luego cada una de sus patas, y continúa su camino.

Pudiera creerse que es fácil dar muerte á un jaguaré, cuando nada; sin embargo, hasta en el agua es este animal temible. Solo los mas diestros marineros osan atacarle, pues apenas ve que le persiguen ó se siente herido, revuélvese contra la barquilla; y si consigue cogerla con una de sus garras, salta dentro y acomete á los cazadores. «Poco despues de mi llegada á la Asuncion, en 1819, dice Rengger, fui testigo de una escena de este género, que por fortuna no pasó de ser chistosa. Un jaguaré atraviesa el río á nado: tres marineros extranjeros, despreciando el aviso de un indígena del Paraguay, y viéndole venir por la orilla opuesta, lanzáronse en una barquilla con una escopeta cargada, y remaron hácia la fiera. A la distancia de 2 á 3 metros, el que se hallaba en la proa de la barquilla hizo fuego, mas solo hirió á la fiera; y entonces esta, sin dar tiempo á los cazadores para volverse, sujetó por un costado la embarcacion, saltando dentro á pesar de los culatazos y golpes que le descargaron con los remos. Los marineros hubieron de arrojar al agua para buscar un refugio en tierra; mientras que el animal, sentado en la barca, se dejó llevar tranquilamente por la corriente hasta que perseguido por otros cazadores, lanzóse á su vez al río para ganar la opuesta orilla.

«La crecida anual de los torrentes y ríos, añade Rengger, aleja á los jaguarés de las islas y de las riberas cubiertas de bosque; entonces se aproximan á los países habitados y causan grandes destrozos, lo mismo en hombres que en animales. Cuando las inundaciones son muy grandes, no es raro ver á un jaguaré en medio de una ciudad ó de un pueblo situado en las alturas. En Villa Real mataron uno en 1816; otro en la capital en 1820, y dos en Villa del Pilar; en Corrientes, Goya y Bajada, se mata uno cada cuatro ó cinco años. Cuando llegamos á Santa Fe, en 1825, las aguas estaban muy altas y nos dijeron que algunos días antes habia sido devorado por un jaguaré un fraile franciscano, á la puerta de la sacristía y en el momento mismo de ir á decir misa. Sin embargo, no ocurren hechos semejantes siempre que el terrible animal se introduce en una ciudad; pues los ladridos de los perros que le persiguen, y la afluencia de gentes, le aturden de tal modo, que por lo comun apela á la fuga.

«Las heridas hechas por el jaguaré son siempre muy peligrosas, mas que por causa de su tamaño, por su propia y maligna naturaleza. Sus dientes y garras no son ni muy agudos ni muy cortantes, de manera que cada mordisco produce forzosamente aplastamiento á la par que rasgadura de la parte; además de que semejantes heridas ocasionan con frecuencia el tétanos en aquellos países cálidos, completamente desprovistos de recursos médicos. El hecho siguiente bastará para formarse una idea de la extension y gravedad de las heridas que puede inferir la garra de un jaguaré.

Un indio que cazaba á la orilla de un río, encontró á uno de estos animales y le atacó con la lanza; no habiendo podido alcanzarle, quiso arrojarle inmediatamente al agua; pero con tan mala suerte, que en el mismo instante la fiera le puso

una de sus garras sobre la cabeza, arrancándole de un solo golpe toda la parte superior del cráneo, hasta el punto de caer sobre la nuca todo el cuerpo cabelludo. El indio, empero, conservó aun fuerza suficiente para nadar hasta la orilla opuesta.» Schomburgk nos cita otro caso de una herida no menos horrible. Un negro iba de caza, acompañado de un indio y tres perros; estos levantaron un jaguaré obligándole á refugiarse sobre un árbol medio caído, y allí le tenían parado, cuando acercándose el negro á la distancia de unos diez y ocho pasos, hizo fuego é hirió al animal. De dos saltos alcanzó este á su enemigo y hundióle las garras en la espalda; en tan crítico momento, el infeliz puso involuntariamente una mano en la boca de la terrible fiera, y al recobrar sus sentidos, vió á su lado al jaguaré agonizante, y un poco mas léjos su mano. El indio habia acudido en auxilio de su compañero y hundió su largo cuchillo de caza en el corazón del animal, mas no pudo impedir que arrancara casi toda la carne de la espalda del negro, quien luchaba ya con las ansias de la muerte.

Rengger ha observado que el jaguaré vive solo durante la mayor parte del año: los meses de agosto y setiembre es la época del celo, y en ella se buscan los dos sexos. Dejan oír entonces con mas frecuencia que en otra estacion alguna su feroz rugido, que se percibe á distancia de media legua y consiste en una especie de *hou* repetido cinco ó seis veces. Durante el resto del año se pasan con frecuencia días enteros sin oír el grito del felino, sobre todo cuando no se verifica ningun cambio de temperatura. Sin embargo, cuando reina por algunos días ó semanas el viento norte, estos animales anuncian con gritos, que se repiten á veces durante varias horas de la noche, el cambio de tiempo hácia el sur. Los naturales del Paraguay, que padecen mucho de la gota por efecto de estas variaciones atmosféricas, creen que le sucede lo mismo al jaguaré, y que esta dolencia es la que le hace gritar así. Cuando varios machos desean la misma hembra suele haber alguna que otra lucha, siquiera al fin el débil se retire ante el mas fuerte.

El apareamiento se verifica con continuos gritos y probablemente despues de larga resistencia por parte de la hembra, puesto que en el sitio donde los jaguarés se han apareado siempre se encuentra la yerba hollada ó arrancada en un espacio de muchos piés cuadrados.

El macho y la hembra viven juntos cuatro ó cinco semanas á lo sumo, durante las cuales son muy peligrosos para el hombre; aunque no cazan juntos, no se alejan uno de otro durante el día, y se auxilian mutuamente en caso de riesgo. En Entre-Ríos fué destrozado uno de los mas diestros cazadores por un macho que salió de la espesura en el momento en que aquel mataba la hembra en el linderó del bosque.

No se sabe á punto fijo cuánto tiempo dura la gestacion del jaguaré; pero atendida la época del apareamiento y aquella en que se encuentran ya cachorros, parece ser de tres meses y medio.

La hembra busca lo mas profundo de una espesura, un foso ó un árbol medio caído y allí pare dos pequeños, rara vez tres, que nacen, segun se asegura, con los ojos cerrados. Al principio la madre no se aparta ni un momento de su lado, y apenas cree amagarles el mas leve peligro, los traslada á otro lugar; generalmente parece que su amor materno es excesivo; defiende furiosamente á su progenie, y persigue rugiendo á los raptores á distancia de varias leguas. A las seis semanas, poco mas ó menos, se la ve ya acompañada de los cachorros en sus excursiones; primeramente los oculta en la espesura mientras caza, y mas tarde los pone al acecho en su compañía.

Quando los jóvenes llegan á tener la talla de un perro de

muestra ordinario, la madre los abandona; pero muchas veces permanecen aun reunidos cierto tiempo.

CAUTIVIDAD.—En el Paraguay y á lo largo del Paraná, se educan con frecuencia en las casas individuos jóvenes; mas para esto es preciso cogerlos antes que la madre los destete; despues es casi de todo punto imposible domesticarlos. Rengger alimentaba á los que tenia en este estado con leche y carne cocida; no comen mucho tiempo legumbres, y la carne cruda les vuelve feroces. Juegan con los perros pequeños y los gatos, si bien prefieren las bolas de madera, distinguiéndose por sus movimientos ligeros y rápidos. Familiarizanse muy pronto con su guardian, le buscan y hasta manifiestan alegría cuando le ven; todo objeto que se mueve les llama la atencion, y en seguida se agachan para lanzarse sobre él. Cuando tienen hambre ó sed ó están aburridos, dejan oír un maullido particular; si bien pierden esta costumbre con los años, pues los viejos no mayan, ni aun se les oye rugir jamás. Mientras comen, gruñen, sobre todo si alguno se acerca á ellos; por cuya razon debe evitarse molestarles en aquel momento, para que no se vuelvan feroces. Es precaucion esencial no dejarles nunca sin agua: cuando comen los jaguares se tienden en el suelo, sujetan el alimento con las dos patas delanteras, inclinan la cabeza de lado, á fin de facilitar el juego de los molares, y mascan poco á poco los pedazos que acaban de desprender. Trituran y tragan los huesos pequeños y de los grandes solo toman las partes articulares.

Despues de comer, el felino se echa á la sombra para dormir; si se halla bastante repleto, no se irrita tan fácilmente como cuando está en ayunas, y entonces se puede jugar con él; los animales domésticos y las aves de corral, que ordinariamente no pueden acercársele, pasan entonces impunemente á su lado. En la América del sur los jaguares domesticados no se encierran en jaulas; basta atarles con una correa en el patio, ó bien delante de la casa debajo de un naranjo, habiéndose observado que no tratan nunca de roer la ligadura que los sujeta. Su hábito, á semejanza de lo que se nota en casi todos los animales, despide un olor desagradable, observándose lo mismo en la piel fresca de dicho animal, en su carne, grasa y saliva. En cuanto á la grasa, el olor es tan penetrante, que para alejar á las zorras, las marsoplas, y otros animales, basta frotar con ella algunos árboles al rededor de su guarida. Hasta se da el caso de que los mas briosos caballos se encabritan cuando se les acerca esta grasa á la nariz.

Los dientes del jaguaré son cortantes y agudos ya en el individuo joven; los muda en el primer año, y al cabo de dos ó tres alcanzan todo su desarrollo. Apenas reconocen los jaguares su fuerza, no dejan de utilizar sus temibles armas para hacer daño á su amo. Inútil es limarles los incisivos y los caninos hasta la raíz; inútil es cortarles de cuando en cuando las garras, pues aun desarmados así, pueden causar todavía sensibles desgracias por la prodigiosa fuerza que los distingue.

Rengger vió á un jaguaré mutilado de este modo, y tan domesticado, que los niños lo montaban sin temor alguno; y no obstante, dejándose dominar cierto dia por un acceso de cólera, derribó de un manotazo á una negra de diez y ocho años, que era su guardiana preferida, precipitándose despues sobre ella. Sacaron al momento á la muchacha de entre sus garras; pero por mucha prisa que se dieron, el jaguaré le habia destrozado ya un brazo con su mandíbula sin dientes; y pasaron algunas horas antes que la pobre víctima de aquel ataque volviese en sí.

Las hembras son un poco mas fáciles de domesticar que los machos, y cuando se trata de privar á estos de una parte

de su ferocidad por medio de la castracion, casi se vuelven mas temibles que antes, prescindiendo de que mueren muy pronto por un exceso de grasa. Durante la primera edad, puede domesticársele á palos; mas tarde es mas difícil conseguirlo. No distinguen al jaguaré ni el agradecimiento ni la generosidad, no manifestando ningun afecto á su guardian ni á animal alguno que se hubiera criado con él; razon por la cual seria siempre temerario conservarles mas de un año sin encerrarle.

En las jaulas de nuestros jardines zoológicos y de las colecciones ambulantes de animales, el jaguaré observa la misma conducta que sus congéneres del antiguo continente, los leopardos. Mi opinion, concebida despues de muchas observaciones hechas en jardines zoológicos, de que estos animales se amansan mas fácilmente que los otros leopardos y de que con trabajo aprenden lo que se les enseña, ha sido refutada por Kreuzberg, uno de nuestros mas hábiles domadores de animales. Precisamente los jaguares mas silvestres aprenden mejor cuando saben que en el domador han encontrado un dueño y que les seria imposible resistir á su voluntad.

Los jaguares cautivos se han propagado varias veces en jardines zoológicos y en colecciones ambulantes. Tambien se aparean el jaguaré con el leopardo, la pantera con la pantera de la Sonda y producen robustos mestizos. El leopardo gris (*Leopardus poliopardus*) (fig. 128), clasificado por Fitzinger como especie, es, segun asegura Kreuzberg, mestizo de un jaguaré y de una pantera negra de la Sonda. Estas dos variedades se han apareado varias veces con éxito produciendo siempre mestizos parecidos á ellos, y una pantera apareada con un leopardo, dió á luz dos hijos, uno de los cuales se asemejaba al padre y el otro perfectamente á la madre. Sirva esto para completar y corregir las noticias que sobre ello se encuentran en nuestra primera edicion.

CAZA.—Como el jaguaré causa en todas partes considerables destrozos, se le hace por do quiera una guerra encarnizada, empleándose para ello todos cuantos medios le sugiere al hombre el natural deseo de exterminarle.

Créese que el jaguaré puede vivir hasta veinte años. Es indudable que únicamente en las soledades del desierto alcanzarán esta edad, pues en los países habitados de América, acaso no muere de muerte natural ni un solo individuo, si bien se encuentran todavia allí jaguares viejos. Cierto francés mató cerca de una casa de campo una hembra muy entrada en años, cuya piel estaba cubierta de sarna, y que tenia los dientes muy gastados, habiendo caido ya los últimos molares de la mandíbula superior. Estos casos, no obstante, son muy raros; casi todos mueren en su mayor edad por el plomo, las flechas envenenadas ó por el cuchillo.

La caza de que es objeto llega hasta el punto de constituir con frecuencia una verdadera pasion para los hombres que se complacen en vencer obstáculos á través de los peligros, si bien comunmente el cazador deja al fin su vida entre las garras de la fiera.

El mas antiguo método de cazar estos animales es ciertamente el mejor, y á la vez el que ofrece menos riesgo para llegar á un resultado seguro. Los indios saben cazarlos sin exposicion con las armas que han heredado de sus antepasados. Con una especie de bambú muy grande forman una cerbatana, y con espinas fabrican flechas en extremo pequeñas que se dirigen mas seguramente y penetran á mayor profundidad que la bala de la mejor carabina; siendo de advertir que estas flechas las humedecen en el terrible veneno llamado curare. Cuando los cazadores indios llevan sus perros, matan á la fiera sin arriesgar su vida, pues perseguido el jaguaré, trata bien pronto de refugiarse en un árbol, y en

tonces puede el indio dispararle cómodamente cierto número de flechas envenenadas. El animal al principio no hace caso de las pequeñas heridas, pero al poco tiempo los miembros se ponen rígidos ó enervados, disminuyen sus fuerzas, agítanle movimientos convulsivos, cae á tierra, se levanta algunas veces y trata de huir; pero de repente se dobla y muere tras una breve agonía.

Esto es valerse de la astucia para matar á la fiera; hay otro medio de cazarla que es mucho mas temerario: el cazador se cubre el brazo con una piel de carnero que le sube hasta mas arriba del codo, y armada la diestra de un cuchillo ó puñal de dos filos, de 0",66 de longitud, va con dos ó tres perros en busca del enemigo. El jaguaré resiste comunmente el ataque de un reducido número de agresores y les presenta cara al momento; el cazador se acerca entonces, provocán-

dole con la voz y el gesto, y de repente lánzase la fiera contra él; abre las fauces rugiendo, y á la manera de lo que hace el oso, se levanta sobre las patas traseras para atacar. En el mismo instante, el hombre presenta su brazo cubierto con la piel á las garras de su adversario, retira un poco el cuerpo á la derecha y le hunde el puñal en el costado izquierdo. El animal herido cae en tierra, tanto mas fácilmente, cuanto que no puede mantener el equilibrio en la posición vertical, y entonces se arrojan sobre él los perros. Si la primera herida no ha sido mortal, levántase el felino con la rapidez del relámpago, se desembaraza de los perros, y se precipita otra vez sobre su adversario, quien le descarga un segundo golpe. Rengger conoció un indio de la villa de Bajada que habia matado de este modo mas de cien jaguares; era apasionado por esta caza, y en ella perdió la vida en 1821.

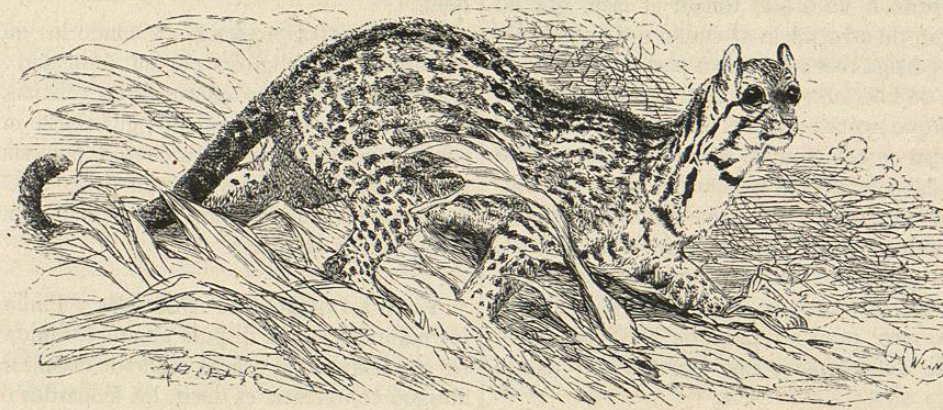


Fig. 128.—EE LEOPARDO GRIS

Göering oyó referir la historia de un gaucho que por su celebridad en la caza habia merecido el apodo de *Matador de tigres*. Aquel hombre valeroso habia dado muerte con un cuchillo á un gran número de jaguares.

Aseguróse tambien á Rengger que algunos hombres llevaban su temeridad hasta el punto de acometer al felino armado de una simple maza. Cúbrense igualmente el brazo izquierdo con una piel de carnero, y en el momento en que la fiera se encabrita ante ellos, le descargan un garrotazo en los riñones; el animal, con la columna vertebral rota, cae para no levantarse mas, y entonces bastan algunos golpes para rematarla. «No he llegado á presenciar, añade Rengger, este segundo método de cazar al feroz carniceiro; pero lo referido no me parece inverosímil, pues he visto que varios jaguares domesticados quedaban con los miembros posteriores sin movimiento durante varios dias, si se les daba un golpe algo fuerte en los riñones.»

El mismo observador nos dice que en el Paraguay se caza el jaguaré de la manera siguiente: un buen tirador, seguido de dos hombres, armado el uno con una lanza y el otro con una horquilla de dos dientes y de cinco piés de longitud, se va con seis ú ocho perros en busca de la fiera. Cuando esta ha sido perseguida otras veces, emprende la fuga apenas oye los primeros ladridos; en el caso contrario, se defiende ó trepa á un árbol. En el primer caso, los perros forman círculo á su alrededor para dar aviso; siendo para ello necesario que sean muy bravos ó estén bien adiestrados para el ataque, pues aun reuniendo estas condiciones, suelen con frecuencia encontrar la muerte como premio de su valor. De un solo manotazo, el jaguaré les rompe fácilmente la espina dorsal ó les abre el vientre; siendo imposible que veinte de los mejores perros puedan vencer al terrible carniceiro cuando este se halla en la fuerza de la edad. Apenas dan los cazadores vista

á su enemigo, colócanse uno al lado del otro, poniéndose el tirador en medio; si la bala produce buen efecto, los perros se precipitan sobre la fiera y la sujetan, siendo entonces fácil rematarla; mas cuando el cazador yerra el tiro, ó solo hiere ligeramente al monstruo, este se lanza sobre él con furiosos rugidos. En el momento de levantarse sobre sus patas traseras, el hombre de la horquilla se la pone delante, mientras su compañero le hunde su lanza en el pecho, retirándola al momento para dar otro golpe, pues el jaguaré puede levantarse ligero y precipitarse sobre sus agresores. Esto es lo que trata siempre de hacer, hasta que, perdiendo las fuerzas á causa de las heridas, queda sujeto por los perros. Durante el combate tratan estos últimos de tumbarle tirando de la cola; pues únicamente los que son muy vigorosos osan acometerle de lado. Atendido á que el pecho de este carniceiro ofrece una forma angulosa, y como la piel que le cubre, enlazada con los músculos por un tejido celular muy flojo, es en extremo movable, el hierro de la lanza podría deslizarse con facilidad entre la piel y las costillas si el golpe se diera de frente, razon por la cual el cazador trata de hacerlo de costado. No debe tampoco sujetarse con una lanza en tierra al jaguaré caido, pues aunque atravesado de parte á parte, le es fácil romper de un golpe de su garra el mango del arma, y si entonces no se tiene á mano otra, puede ser la fiera peligrosa para sus adversarios. Sucede á veces que, sin tener nada que temer de los perros, huye de ellos y se refugia en un árbol: el cazador puede entonces tirarle con seguridad; pero tambien será acometido á su vez por el animal si le hiere ligeramente ó si yerra el tiro. Rápido como el rayo, salta del árbol, pasa por entre los perros y se precipita sobre el hombre que se veria perdido sin remedio, si sus compañeros, hombres experimentados en aquel ejercicio, no recibieran al animal á horquillazos y lanzadas. Los extranjeros que deseen